

CAPÍTULO 13

OBSESIONADO

CON LA

REALIDAD

Un armador se disponía a echar a la mar un barco de emigrantes. Sabía que el barco era viejo y que no había sido construido con gran esmero; que había visto muchos mares y climas y se había sometido a menudo a reparaciones. Se había planteado dudas sobre si estaba en condiciones de navegar. Esas dudas lo reconcomían y le hacían sentirse infeliz; pensaba que quizá sería mejor revisarlo y repararlo, aunque le supusiera un gran gasto. Sin embargo, antes de que zarpara el barco consiguió superar esas reflexiones melancólicas. Se dijo a sí mismo que el barco había soportado tantos viajes y resistido tantas tormentas que era ocioso suponer que no volvería a salvo a casa también después de este viaje. Pondría su confianza en la Providencia, que difícilmente podría ignorar la protección de todas esas familias infelices que abandonaban su patria para buscar tiempos mejores en otra parte. Alejaría de su mente toda sospecha poco generosa sobre la honestidad de los constructores y contratistas. De este modo adquirió una convicción sincera y reconfortante de que su nave era totalmente segura y estaba en condiciones de navegar; contempló cómo zarpaba con el corazón aliviado y con los mejores deseos de éxito para los exiliados en su nuevo hogar en el extranjero; y recibió el dinero del seguro cuando la nave se hundió en medio del océano y no se supo nada más.

¿Qué podemos decir de él? Desde luego, que era verdaderamente culpable de la muerte de esos hombres. Se admite que creía sinceramente en la solidez de ese barco; pero la sinceridad de su convicción de ningún modo puede ayudarlo, porque *no tenía derecho a creer con una prueba como la que tenía delante*.

No había adquirido su fe honestamente en investigación paciente, sino sofocando sus dudas...

WILLIAM K. CLIFFORD
La ética de la fe (1874)

En los límites de la ciencia —y a veces como atavismo del pensamiento precientífico— hay una serie de ideas al acecho que son atractivas, o al menos modestamente intrigantes, pero que no han sido tamizadas a conciencia con el equipo de detección de camelos, al menos por parte de sus defensores: la idea, por ejemplo, de que la superficie de la Tierra está en el interior, no en el exterior de una esfera; o la aseveración de que se puede levitar mediante la meditación y que los bailarines de ballet y los jugadores de baloncesto dan unos saltos tan altos por levitación; o la propuesta de que yo tengo algo que se llama alma, no hecho de materia o energía, sino de otra cosa de la que no hay pruebas, y que después de mi muerte podría volver a animar a una vaca o a un gusano.

Ofrecimientos típicos de la pseudociencia y la superstición —se trata de una lista meramente representativa, no completa— son la astrología; el triángulo de las Bermudas; *Big Foot* y el monstruo del Lago Ness; los fantasmas; el «mal de ojo»; las «auras» como halos multicolores que según dicen rodean la cabeza de todos (con colores personalizados); la percepción extrasensorial (PES) como telepatía, predicción, telequinesis y «visión remota» de lugares distantes; la creencia de que el trece es un número «desafortunado» (razón por la que muchos edificios de oficinas serios y hoteles de América pasan directamente del piso doce al catorce... ¿por qué arriesgarse?); las estatuas que sangran; la convicción de que llevar encima una pata de conejo da buena suerte; las varitas adivinas, los zahoríes y los hechizos de agua; la «comunicación facilitada» en el autismo; la creencia de que las cuchillas de afeitar se mantienen más afiladas si se guardan dentro de pirámides de cartón y otros principios de «piramidología»; las llamadas telefónicas (ninguna de ellas a cobro revertido) de los muertos; las profecías de Nostradamus; el supuesto descubrimiento de que los platelmintos no amaestrados pueden aprender una tarea comiendo los restos triturados de otros platelmintos más adiestrados; la idea de que se cometen más crímenes cuando hay luna llena; la quiromancia, la numerología; la poligrafía; los cometas, las hojas de té y los nacimientos «monstruosos» como anuncio de futuros acontecimientos (más las adivinaciones de moda en épocas anteriores, que se conseguían mirando entrañas, humo, la forma de las llamas, sombras, excrementos, escuchando el ruido de los estómagos e incluso, durante un breve período, examinando tablas de logaritmos); la «fotografía» de hechos pasados, como la crucifixión de Jesús; un elefante ruso que habla perfectamente; «sensitivos» que leen libros con la yema de los dedos cuando se les cubre los ojos sin rigor; Edgar Cayce (que predijo que en la década de

los sesenta se elevaría el continente «perdido» de la Atlántida) y otros «profetas», dormidos y despiertos; charlatanería sobre dietas; experiencias fuera del cuerpo (es decir, al borde de la muerte) interpretadas como acontecimientos reales en el mundo externo; el fraude de los curanderos, las tablas de Ouija, la vida emocional de los geranios revelada por el uso intrépido de un «detector de mentiras»; el agua que recuerda qué moléculas solían disolverse en ella; describir la personalidad a partir de características faciales o bultos en la cabeza; la confusión del «mono número cien» y otras afirmaciones de que lo que una pequeña fracción de nosotros quiere que sea cierto lo es realmente; *seres* humanos que arden espontáneamente y quedan chamuscados; biorritmos de tres ciclos; máquinas de movimiento perpetuo que prometen suministros ilimitados de energía (todas ellas, por una u otra razón, vedadas al examen minucioso de los escépticos); las predicciones sistemáticamente fallidas de Jeane Dixon (que «predijo» una invasión soviética de Irán en 1953, y que en 1965 la Unión Soviética se adelantaría a Estados Unidos en colocar al primer humano en la Luna)²⁶ y otros «psíquicos» profesionales; la predicción de los Testigos de Jehová de que el mundo terminaría en 1917 y muchas profecías similares; la dianética y la cienciología, Carlos Castañeda y la «brujería»; las afirmaciones de haber encontrado los restos del Arca de Noé; el «horror de Amityville» y otras obsesiones; y relatos de un pequeño brontosaurio que atraviesa la jungla de la República del Congo en nuestra época. (Puede encontrarse un comentario en profundidad de muchas de esas afirmaciones en *Encyclopedia of the Paranormal*, Gordon Stein, ed., Buffalo, Prometheus Books, 1996.)

Muchas de estas doctrinas son rechazadas de plano por fundamentalistas cristianos y judíos porque la Biblia así lo ordena. El Deuteronomio (18, 10-11) dice (en traducción de la Biblia de Jerusalén):

No ha de haber en ti nadie que haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, que practique adivinación, astrología, hechicería o magia, ningún encantador ni consultor de espectros o adivinos, ni evocador de muertos.

Se prohíbe la astrología, la canalización, las tablas de Ouija, la predicción del futuro y muchas cosas más. El autor del Deuteronomio no dice que esas prácticas no sirvan para dar lo que prometen. Pero son «abominaciones»... quizá adecuadas para otras naciones pero no para los seguidores de Dios. E incluso el apóstol Pablo, tan crédulo en tantos otros asuntos, nos aconseja «comprobarlo todo».

²⁶ Violando las normas para «Oráculos y Magos» fijadas por Thomas Ady en 1656: «En cosas dudosas, daban respuestas dudosas... En lo que había probabilidades más seguras, daban respuestas más seguras.»

El filósofo judío español del siglo XV. Moisés Maimónides, va más allá del Deuteronomio porque explícita que esas pseudociencias no funcionan:

Está prohibido implicarse en astrología, echar hechizos, susurrar conjuros... Todas esas prácticas no son más que mentiras y engaños que los pueblos paganos antiguos usaban para engañar a las masas y llevarlas por mal camino... La gente sabia e inteligente no se deja engañar. [De la *Mishneh Torah, Avodah Zara*, capítulo 11.]

Hay algunas declaraciones difíciles de comprobar: por ejemplo, que una expedición no consiga encontrar el fantasma del brontosaurio no quiere decir que no exista. La ausencia de prueba no es prueba de ausencia. Otras son más fáciles: por ejemplo, el aprendizaje caníbal de los platelmintos o el anuncio de que colonias de bacterias sometidas a un antibiótico en un plato de agar prosperan cuando se reza (en comparación con la bacteria de control no redimida por la oración). Se pueden excluir algunas —por ejemplo, las máquinas de movimiento perpetuo— en base a la física fundamental. Aparte de ellas, no sabemos *antes* de examinar la prueba que las ideas son falsas; cosas más extrañas se incorporan habitualmente en el corpus de la ciencia.

La cuestión, como siempre, es: ¿es buena la prueba? El peso de la demostración cae sobre los hombros de los que avanzan tales declaraciones. Es revelador que algunos proponentes sostengan que el escepticismo es un estorbo, que la verdadera ciencia es investigación *sin* escepticismo. Quizá están a mitad de camino. Pero el medio del camino no es la meta.

La parapsicóloga Susan Blackmore describe uno de los pasos en su transformación a una actitud más escéptica sobre los fenómenos «psíquicos»:

Una madre y su hija de Escocia afirmaban que podían captar imágenes de la mente de la otra. Para someterse a las pruebas, decidieron jugar a las cartas, que es lo que solían hacer en casa. Yo las dejé elegir la habitación en la que se haría la prueba y me aseguré de que la «receptora» no viera las cartas de la otra. Fracasaron. No pudieron acertar más de lo que predecía la casualidad y se quedaron terriblemente decepcionadas. Habían creído sinceramente que eran capaces de hacerlo y yo empecé a ver qué fácil es que nos engañe nuestro propio deseo de creer. Tuve experiencias similares con varios zahones, niños que afirmaban que podían mover objetos psicoquinéticamente, y otros que decían tener poderes telepáticos. Todos fallaron. Ahora mismo tengo un número de cinco dígitos, una palabra y un objeto pequeño en la cocina de mi casa. El lugar y los objetos fueron elegidos por un joven que pretende «verlos» cuando viaja fuera de su cuerpo. Hace tres años que están allí (aunque cambiados regularmente de sitio). De momento, sin embargo, no lo ha conseguido.

«Telepatía» significa literalmente sentir a distancia, igual que «teléfono» es oír a distancia y «televisión», ver a distancia: la palabra no sugiere la comunicación de pensamientos sino de sentimientos y emociones. Alrededor de un cuarto de millón de estadounidenses creen haber experimentado algo así como la telepatía. Las personas que se conocen bien unas a otras, que viven juntas, que conocen mutuamente el tono de sus sentimientos, el tipo de asociaciones y la manera de pensar a menudo pueden anticipar qué dirá la otra. En eso entran en juego simplemente los cinco sentidos habituales, más la empatía, sensibilidad e inteligencia humanas en funcionamiento. Puede parecer extrasensorial, pero no es en absoluto lo que implica la palabra «telepatía». Si alguna vez se demostrara realmente algo así de manera concluyente, creo que habría causas físicas discernibles, quizá corrientes eléctricas en el cerebro. La pseudociencia, bien o mal etiquetada, no es de ningún modo lo mismo que lo sobrenatural, que por definición es algo de algún modo fuera de la naturaleza.

Es poco probable que algunas de esas declaraciones paranormales puedan ser verificadas un día con datos científicos sólidos. Pero sería una locura aceptar algunas de ellas sin la prueba adecuada. Con el mismo espíritu que con los dragones del garaje, como esas afirmaciones todavía no han sido desaprobadas o explicadas adecuadamente, es mucho mejor contener nuestra impaciencia, alimentar la tolerancia de la ambigüedad y esperar —o, mucho mejor, buscar— pruebas que lo confirmen o lo refuten.

---000---

En una tierra lejana de los mares del Sur corrió el rumor que había un hombre muy sabio, un curandero, un espíritu personificado. Podía hablar a través del tiempo. Era un Maestro Ascendido. Venía, decían. Venía...

En 1988, los periódicos australianos, revistas y canales de televisión empezaron a recibir la buena noticia a través de equipos de prensa y cintas de vídeo. Un folleto decía:

CARLOS
APARECERÁ EN AUSTRALIA

Los que lo han visto jamás lo olvidarán. De pronto, el artista joven y brillante que les está hablando parece titubear, se le reduce el pulso peligrosamente y prácticamente se detiene hasta la muerte. El auxiliar médico asignado para mantener una vigilancia constante está a punto de hacer sonar la alarma.

Pero entonces, con un latido poderoso, le vuelve el pulso... más rápido y fuerte que antes. Es evidente que la fuerza de la vida ha regresado al cuerpo... pero la entidad dentro de este cuerpo ya no es José Luis Álvarez, un hombre de diecinueve años cuyas singulares cerámicas pintadas se exhiben en las casas más lujosas de Norteamérica. Dentro de su cuerpo ha ocupado su lugar Carlos, una alma antigua cuyas enseñanzas serán al mismo tiempo un trastorno y una inspiración. Un ser que atraviesa una forma de muerte para dar paso a otra: éste es el fenómeno que ha hecho de Carlos, canalizado a través de José Luis Álvarez, la nueva figura dominante de la conciencia de la Nueva Era. Como dice incluso un crítico escéptico de Nueva York: «El primer y único caso de canalizador que ofrece una prueba tangible, física, de un cambio misterioso dentro de su fisiología humana.»

Ahora José, que se ha sometido a más de ciento setenta de esas pequeñas muertes y transformaciones, ha recibido la orden de Carlos de visitar Australia: en palabras del maestro, «la vieja tierra nueva» que va a ser la fuente de una revelación especial. Carlos ya había presagiado que en 1988 las catástrofes barrerían la tierra, morirían dos líderes mundiales importantes y, más tarde, ese mismo año, los australianos serían los primeros que verían elevarse una gran estrella que influiría profundamente en el futuro de la vida en la tierra.

DOMINGO 21
3.00 p.m.
CASA DE LA ÓPERA
TEATRO DRAMÁTICO

Después de un accidente de moto en 1986, se explicaba en el dossier de prensa, José Álvarez —que tenía a la sazón diecisiete años— sufrió una conmoción cerebral suave. Cuando se hubo recuperado, los que le conocían se dieron cuenta que había cambiado. A veces emanaba de él una voz muy diferente. Asustado, Álvarez buscó la ayuda de un psicoterapeuta, un especialista en trastornos múltiples de personalidad. El psiquiatra «descubrió que José canalizaba una entidad distinta a la que llamaron Carlos. Esta entidad se apodera del cuerpo de Álvarez cuando la fuerza de vida del cuerpo está en el grado de relajación correcto». Carlos, por lo visto, es un espíritu desencarnado de hace dos mil años, un fantasma sin forma corporal que invadió un cuerpo humano por última vez en Caracas, Venezuela, en 1900. Lamentablemente, ese cuerpo murió a los doce años al caer de un caballo. Esa puede ser la razón, explicó el terapeuta, por la que Carlos pudo entrar en el cuerpo de Álvarez después del accidente de moto. Cuando Álvarez entra en trance, entra en él el espíritu de Carlos, enfocado por un cristal grande y raro, y pronuncia la sabiduría de los siglos.

En el dossier de prensa se incluía una lista de las principales apariciones en ciudades americanas, una videocinta de la tumultuosa recepción de Álvarez/Carlos en un teatro de Broadway, su entrevista en la emisora de radio WOOP de Nueva York, y otras indicaciones de que aquello era un formidable fenómeno norteamericano de la Nueva Era. Dos detalles sustanciosos: un artículo de un periódico del sur de Florida decía: «NOTA DE TEATRO: La estancia de tres días del canalizador CARLOS se ha ampliado al War Memorial Auditorium... en respuesta a la petición de más apariciones», y un extracto de una guía de programas de televisión comentaba la emisión de un especial sobre «LA ENTIDAD CARLOS: Este estudio en profundidad revela los hechos tras una de las personalidades más populares y controvertidas del día».

Álvarez y su manager llegaron a Sydney en un vuelo de primera clase de Qantas. Viajaron a todas partes en una enorme limusina blanca. Ocuparon la suite presidencial de uno de los hoteles más prestigiosos de la ciudad. Álvarez iba ataviado con una elegante túnica blanca y un medallón de oro. En su primera conferencia de prensa apareció rápidamente Carlos. La entidad era vigorosa, letrada, imponente. Los programas de televisión australianos se sumaron rápidamente a la cola para conseguir apariciones de Álvarez, su manager y su enfermera (para comprobar el pulso y anunciar la presencia de Carlos).

En el *Today Show* de Australia fueron entrevistados por el anfitrión, George Negus. Cuando Negus les planteó algunas preguntas razonables y escépticas se mostraron de lo más susceptibles. Carlos maldijo al presentador. El manager acabó tirándole un vaso de agua a Negus y salieron los dos del plató con aire majestuoso. El asunto causó sensación en la prensa, se repitieron las imágenes muchas veces en la televisión australiana. «Arrebato en TV: ducha de agua para Negus» era el titular de primera página del *Daily Mirror* del 16 de febrero de 1988. Las emisoras de televisión recibieron miles de llamadas. Un ciudadano de Sydney aconsejó que se tomaran muy en serio la maldición sobre Negus: el ejército de Satanás ya había asumido el control de las Naciones Unidas, decía, y Australia podía ser la próxima.

La siguiente aparición de Carlos fue en la versión australiana de *A Current Affair*. Se invitó a un escéptico, que describió el truco de magia para detener brevemente el pulso de una mano: te pones una bola de goma en el sobaco y aprietas. Cuando se cuestionó la autenticidad de Carlos, éste se ofendió: «¡La entrevista ha terminado!», dijo con voz de trueno.

El día señalado, el teatro Dramático de la Casa de la Ópera de Sydney estaba casi lleno. Se había reunido una multitud expectante de jóvenes y viejos. La entrada era libre... lo que animó a los que sospechaban vagamente que podía ser algún tipo de patraña. Álvarez se sentó en un sofá

bajo. Le controlaron el pulso. De pronto se detuvo. Aparentemente, estaba casi muerto. Emitía graves sonidos guturales desde muy dentro de él. La audiencia esperaba boquiabierta con respeto y reverencia. De pronto, el cuerpo de Álvarez recuperó el poder. Su postura irradiaba confianza. De la boca de Álvarez fluía una amplia perspectiva humana, espiritual. ¡Carlos estaba allí! Entrevistados al salir, muchos miembros del público describieron que se sentían conmovidos y maravillados.

El domingo siguiente, el programa de televisión más popular de Australia —llamado «Sixty Minutes» como su equivalente norteamericano— reveló que la historia de Carlos era una broma, de principio a fin. Los productores habían pensado que sería instructivo explorar la facilidad con que podía crearse un curandero o gurú para embaucar al público y los medios de comunicación. Por eso, naturalmente, se pusieron en contacto con uno de los principales expertos del mundo en engañar al público (al menos entre los que no ocupan o asesoran a ningún cargo político): el mago James Randi.

---000---

«...habiendo tantos trastornos que se curan solos y tanta disposición en la humanidad a engañarse a uno mismo y a otros», escribió Benjamín Franklin en 1784,

y como mi largo tiempo de vida me ha dado frecuentes oportunidades de ver ensalzados algunos remedios como si lo curasen todo para ser dejados a continuación totalmente de lado por inútiles, no puedo sino temer que la expectativa de gran beneficio del nuevo método para tratar enfermedades resultará una ilusión. Sin embargo, en algunos casos esta ilusión puede ser de utilidad mientras dure.

Se refería al mesmerismo. Pero «cada época tiene su locura particular».

A diferencia de Franklin, la mayoría de los científicos consideran que no es su tarea exponerse a engaños pseudocientíficos, mucho menos a autoengaños sostenidos apasionadamente. Además, tampoco tienden a ser muy buenos en ello. Los científicos están acostumbrados a lidiar con la naturaleza que, aunque quizá ofrezca sus secretos con renuencia, lucha de manera justa. A menudo no están preparados para esos practicantes sin escrúpulos de lo «paranormal» que siguen normas diferentes. Los magos, por otro lado, están en el negocio del engaño. Practican una de las muchas ocupaciones —como la actuación, la publicidad, la religión burocrática y la política— en que lo que un observador ingenuo podría interpretar como mentira es aceptado socialmente como si fuera en servicio de un bien mayor. Muchos magos dicen que no engañan y sugieren que sus poderes les son

transferidos por fuentes místicas o, últimamente, por generosidad extraterrestre. Algunos usan sus conocimientos para poner en evidencia a los charlatanes que hay entre sus filas y fuera de ellas. Un ladrón se dispone a cazar a otro ladrón.

Pocos reaccionan a este desafío con tanta energía como James Randi, «el asombroso», que se describe a sí mismo con precisión como un hombre enfadado. La supervivencia hasta nuestros días del misticismo antediluviano y la superstición no le enoja tanto como la aceptación acrítica de las obras de misticismo y superstición que pueden defraudar, humillar y a veces incluso matar. Como todos nosotros, Randi es imperfecto: a veces es intolerante y condescendiente y no siente ninguna simpatía por las fragilidades humanas que fundamentan la credulidad. Le suelen pagar por sus conferencias y actuaciones, pero nada comparable a lo que recibiría si declarase que sus trucos derivan de poderes psíquicos o divinos, o de influencias extraterrestres. (La mayoría de prestidigitadores profesionales de todo el mundo parece creer en la realidad de los fenómenos psíquicos... según los sondeos de sus opiniones.) Como prestidigitador, Randi ha trabajado mucho para desenmascarar a videntes remotos, «telépatas» y curanderos que han estafado al público. Hizo una demostración de los sencillos engaños y apreciaciones erróneas mediante los cuales los psíquicos que doblan cucharas habían conseguido que físicos teóricos prominentes reconocieran la existencia de nuevos fenómenos físicos. Ha recibido un amplio reconocimiento entre los científicos y es poseedor de una beca de la Fundación MacArthur (llamada «de genio»). Un crítico le acusó de estar «obsesionado con la realidad». Ojalá pudiera decirse lo mismo de nuestra nación y nuestra especie.

Randi ha hecho más que nadie en épocas recientes para poner al descubierto la simulación y el fraude en el lucrativo negocio de la curación mediante la fe. Examina las pruebas. Comenta los cotilleos. Escucha la corriente de información «milagrosa» que llega al curandero itinerante... no por inspiración divina, sino por radio, a 39,17 megahertzios de frecuencia, transmitida por su esposa entre bastidores.²⁷ Randi descubre que los que se levantan de las sillas de ruedas y, según se afirma, han sido curados, nunca habían estado confinados a sillas de ruedas: un acomodador los invitó a sentarse en ellas. Desafía a los curanderos a proporcionar pruebas médicas serias para dar validez a sus reclamaciones. Invita a las agencias locales y federales del gobierno a aplicar la ley contra el fraude y la mala práctica

²⁷ Cuyos secuaces habían entrevistado a los crédulos pacientes sólo una hora o dos antes. ¿Cómo podría conocer el predicador sus síntomas y las direcciones de sus casas si no era a través de Dios? Esa patraña del curandero fundamentalista cristiano Peter Popoff, denunciada por Randi en su momento, fue llevada al cine con poca ficción añadida en 1993: *Leap of Faith*.

médica. Critica a los medios de información por su estudiado alejamiento del tema. Revela el desprecio profundo de esos curanderos hacia sus pacientes y parroquianos. Muchos son charlatanes intencionales que usan el lenguaje y los símbolos evangélicos cristianos o de la Nueva Era para aprovecharse de la fragilidad humana. Quizá algunos de ellos tengan motivos no venales.

¿O soy demasiado severo? ¿En qué se diferencia el charlatán ocasional del curanderismo del fraude ocasional en la ciencia? ¿Es razonable sospechar de toda una profesión porque hay algunas manzanas podridas? Me parece que, como mínimo, hay dos diferencias importantes. Primero, nadie duda de que la ciencia funciona de verdad, aunque de vez en cuando pueda ofrecerse una afirmación errónea o fraudulenta. Pero que haya *alguna* curación «milagrosa» gracias a la fe, independientemente de la capacidad de curarse propia del cuerpo, es francamente dudoso. En segundo lugar, la ciencia pone al descubierto sus fraudes y errores casi exclusivamente por sí misma. Es una disciplina que se vigila a sí misma, lo que significa que los científicos son conscientes del potencial de charlatanería y error que existe. Pero casi nunca son los curanderos quienes revelan el fraude y error en la curación por la fe. Ciertamente, es sorprendente la resistencia de las Iglesias y sinagogas a condenar el engaño demostrable entre sus filas.

Cuando fracasa la medicina convencional, cuando tenemos que enfrentarnos al dolor y la muerte, desde luego estamos abiertos a otras perspectivas de esperanza. Y, al fin y al cabo, hay algunas enfermedades psicogénicas. Muchas pueden ser cuando menos mitigadas con una mentalidad positiva. Los placebos son fármacos ficticios, a menudo pastillas de azúcar. Las compañías de fármacos comparan rutinariamente la eficacia de sus fármacos con los placebos administrados a pacientes con la misma enfermedad sin posibilidad de reconocer la diferencia entre el fármaco y el placebo. Los placebos pueden ser asombrosamente efectivos, especialmente para resfriados, ansiedad, depresión, dolor y síntomas que es verosímil que estén generados por la mente. Es concebible que el hecho de creer pueda producir endorfinas: pequeñas proteínas del cerebro con efectos como la morfina. Un placebo sólo funciona si el paciente cree que es una medicina efectiva. Dentro de límites estrictos, parece que la esperanza puede transformarse en bioquímica.

Como ejemplo típico, consideremos la náusea y vómitos que suelen acompañar a la quimioterapia en pacientes de cáncer y sida. Ambas cosas pueden ser causadas psicogénicamente: por ejemplo, por miedo. El fármaco hidrocloreuro ondansetron reduce en gran medida la incidencia de esos síntomas; pero, en realidad, ¿es el fármaco o la expectativa de alivio? En un estudio de doble ciego, el noventa y seis por ciento de los pacientes

calificaron el fármaco de efectivo. Lo mismo hicieron el diez por ciento de los pacientes que tomaban un placebo de aspecto idéntico.

Casi la mitad de los norteamericanos cree que existe lo que se llama curación psíquica o espiritual. A lo largo de la historia humana se han asociado las curas milagrosas a una amplia variedad de curanderos, reales o imaginarios. La escrófula, una especie de tuberculosis, se llamaba en Inglaterra el «mal del rey» y se suponía que sólo podía ser curada mediante la mano del rey. Las víctimas guardaban cola pacientemente para que el rey las tocara; el monarca se sometía brevemente a otra pesada obligación de su alto cargo y —aunque no parece que se curara nadie— la práctica continuó durante siglos.

Un famoso curandero del siglo XVII fue Valentino Greatracks. Descubrió, con cierta sorpresa, que tenía poder para curar enfermedades, incluyendo resfriados, úlceras, «picores» y epilepsia. La demanda de sus servicios aumentó de tal modo que no tenía tiempo para nada más. Afirmaba que todas las enfermedades eran causadas por espíritus malos, a muchos de los cuales reconocía y llamaba por su nombre. Un cronista contemporáneo, citado por Mackay, apuntó que

alardeaba de estar mucho más al corriente de las intrigas de los demonios que de los asuntos de los hombres... Tan grande era la confianza en él, que el ciego creía ver la luz que no veía, el sordo imaginaba que oía, el cojo que andaba bien y el paralítico que había recobrado el uso de sus extremidades. La idea de salud hacía que el enfermo olvidara por un tiempo sus males; y la imaginación, que no era menos activa en los meramente atraídos por curiosidad que en los enfermos, daba una falsa visión a una clase, por el deseo de ver, así como realizaba una falsa cura en la Otra por el fuerte deseo de ser curado.

Hay innumerables informes en la literatura mundial de exploración y antropología no sólo de enfermos curados por fe en el curandero sino también de gente que se consume y muere por la maldición de un brujo. Álvar Núñez Cabeza de Vaca que, con algunos acompañantes y en terribles condiciones de privación vagó por mar y tierra, desde Florida hasta Texas y México entre 1528 y 1536, cuenta un ejemplo más o menos típico. Todas las comunidades de nativos americanos que encontró en su camino deseaban creer en los poderes sobrenaturales para curar del extraño forastero de piel clara y barba negra y su acompañante de Marruecos, Estebanico* el Negro. Pueblos enteros se acercaban a ellos para conocerlos y depositaban todas sus riquezas a los pies de los españoles implorando humildemente la curación. Empezó con bastante modestia:

* Estebanico en el orig

...nos quisieron hacer físicos sin examinarnos ni pedirnos los títulos, porque ellos curan las enfermedades soplando al enfermo, y con aquel soplo y las manos echan de él la enfermedad, y mandáronnos que hiciésemos lo mismo y sirviésemos en algo... La manera con que nosotros curamos era santiguándolos y soplarlos, y rezar un *Pater Noster* y un *Ave María*... luego que los santiguamos decían a los otros que estaban sanos y buenos...

Pronto empezaron a curar tullidos. Cabeza de Vaca dice que levantó a un hombre de entre los muertos. Después,

por todo éste camino teníamos muy gran trabajo, por la mucha gente que nos seguía... porque era muy grande la prisa que tenían por llegar a tocarnos; y era tanta la inoportunidad de ellos sobre esto, que pasaban tres horas que no podíamos acabar con ellos que nos dejasen.

Cuando una tribu suplicó a los españoles que no se marcharan. Cabeza de Vaca y sus acompañantes fingieron enojarse. Entonces

sucedió una cosa extraña, y fue que este mismo día adolescieron y otro día siguiente murieron ocho hombres. Por toda la tierra donde esto se supo hobieron tanto miedo de nosotros, que parecía en vernos que de temor habían de morir. Rogáronnos que no estuviésemos enojados, ni quisiésemos que más de ellos muriesen, y tenían por muy cierto que nosotros los matábamos con solamente quererlo.

En 1858 se informó de una aparición de la Virgen María en Lourdes, Francia; la Madre de Dios confirmó el dogma de su concepción inmaculada que había sido proclamado por el papa Pío XI sólo cuatro años antes. Algo así como cien millones de personas han ido desde entonces a Lourdes con la esperanza de curarse, muchas de ellas con enfermedades que la medicina de la época no podía vencer. La Iglesia católica romana rechazó la autenticidad de gran cantidad de las curaciones llamadas milagrosas: sólo aceptó sesenta y cinco en casi un siglo y medio (de tumores, tuberculosis, oftalmitis, impétigo, bronquitis, parálisis y otras enfermedades, pero no, por ejemplo, la regeneración de una extremidad o una columna vertebral partida). De las sesenta y cinco curaciones, hay diez mujeres por cada hombre. Las posibilidades de una curación milagrosa en Lourdes, por tanto, son de una entre un millón; hay tantas posibilidades aproximadas de curarse después de una visita a Lourdes como de ganar la lotería, o de morir en el accidente de un vuelo regular de avión... incluyendo el que va a Lourdes.

La tasa de remisión espontánea de todos los cánceres, agrupados, se estima entre uno por cada diez mil y uno por cada cien mil. Si sólo el cinco por ciento de los que van a Lourdes fueran a tratarse un cáncer, debería de haber entre cincuenta y quinientas curaciones «milagrosas» sólo de cáncer.

Como sólo tres de las sesenta y cinco curaciones atestiguadas son de cáncer, la tasa de remisión espontánea en Lourdes parece ser inferior que si las víctimas se hubieran quedado en casa. Desde luego, si uno se encuentra entre los sesenta y cinco curados, será muy difícil convencerle de que su viaje a Lourdes no fue la causa de la remisión de la enfermedad... *Post hoc, ergo propter hoc*. Algo similar parece ocurrir con los curanderos individuales.

Después de oír hablar a sus pacientes de supuestas curaciones por la fe, un médico de Minnesota llamado William Nolen pasó un año y medio intentando analizar los casos más asombrosos. ¿Había alguna prueba médica de que la enfermedad estuviera realmente presente antes de la «curación»? Si era así, ¿había desaparecido *realmente* después de la curación, o era sólo lo que decían el curandero o el paciente? Descubrió muchos casos de fraude, incluyendo la primera revelación de «cirugía psíquica» de América. Pero no encontró ningún ejemplo de curación de ninguna enfermedad orgánica seria (no psicogénica). No había casos de curación, por ejemplo, de cálculos biliares o artritis reumatoide, mucho menos de cáncer o enfermedades cardiovasculares. Cuando se rompe el bazo de un niño, apuntaba Nolen, la recuperación es completa sometiéndole a una sencilla operación quirúrgica. Pero si se lleva al niño a un curandero muere en un día. La conclusión del doctor Nolen:

Cuando los curanderos tratan enfermedades orgánicas graves son responsables de una angustia e infelicidad inauditas... Los curanderos se convierten en asesinos.

Incluso en un libro reciente que defiende la eficacia de la oración en el tratamiento de la enfermedad (Larry Dossey, *Palabras que curan*) se plantea la preocupación de que algunas enfermedades se curan o alivian más fácilmente que otras. Si la oración funciona, ¿por qué no puede curar Dios un cáncer o hacer que crezca una extremidad perdida? ¿Por qué tanto sufrimiento evitable que Dios podría impedir tan fácilmente? ¿Por qué Dios necesita que se le rece? ¿No sabe ya qué curaciones debe realizar? Dossey también empieza con una cita del doctor Stanley Kripner (descrito como «uno de los investigadores más autorizados de la variedad de métodos de curación heterodoxa que se usan en todo el mundo»):

...los datos de investigación sobre curaciones a distancia, basadas en la oración, son prometedores, pero demasiado dispersos para permitir sacar una conclusión firme.

Eso después de muchos billones de oraciones a lo largo de los milenios.

Como sugiere la experiencia de Cabeza de Vaca, la mente puede *causar* ciertas enfermedades, incluso enfermedades fatales. Cuando se hace

creer a pacientes con los ojos vendados que se les está tocando con una hoja de hiedra o roble venenoso, generan una desagradable dermatitis de contacto roja. La curación por la fe puede ayudar en enfermedades placebo o mediatizadas por la mente: un malestar en espalda y rodillas, dolores de cabeza, tartamudeo, úlceras, estrés, fiebre del heno, asma, parálisis histérica y ceguera, y falso embarazo (con cesación de períodos menstruales e hinchazón abdominal). Hay enfermedades en las que el estado mental puede jugar un papel clave. La mayoría de las curaciones de finales del Medioevo que se asocian con apariciones de la Virgen María eran parálisis súbitas, de poco tiempo, parciales o de todo el cuerpo. Además, se mantenía en general que sólo se podían curar de este modo los creyentes devotos. No es sorprendente que la apelación a un estado mental llamado fe pueda aliviar síntomas causados, al menos en parte, por otro estado mental quizá no muy diferente.

Pero hay algo más: la fiesta lunar de la cosecha es una celebración importante en las comunidades chinas tradicionales de Norteamérica. En la semana precedente a la fiesta, la tasa de mortalidad de la comunidad cae un treinta y cinco por ciento. En la semana siguiente sube el treinta y cinco por ciento. Los grupos de control no chinos no muestran este efecto. Se podría pensar que se debe a los suicidios, pero sólo se cuentan las muertes por causas naturales. Se podría pensar que la causa es el estrés o el exceso de comida, pero eso difícilmente explica la caída de la tasa de mortalidad antes del festival. El mayor efecto se produce en personas con enfermedades cardiovasculares, en las que se conoce la influencia del estrés. El efecto sobre el cáncer era pequeño. En un estudio más detallado resultó que las fluctuaciones de la tasa de mortalidad ocurrían exclusivamente entre mujeres de setenta y cinco años o más: como la fiesta lunar de la cosecha está presidida por las mujeres más ancianas de las casas, eran capaces de postergar la muerte una o dos semanas para ejercer sus responsabilidades ceremoniales. Se encuentra un efecto similar entre los hombres judíos las semanas dedicadas a la Pascua judía —una ceremonia en la que los ancianos desempeñan un papel central— y, de modo parecido, en todo el mundo por cumpleaños, ceremonias de graduación y cosas parecidas.

En un estudio más controvertido, los psiquiatras de la Universidad de Stanford dividieron en dos grupos a ochenta y seis mujeres con metástasis de cáncer de pecho: animaron a un grupo a examinar sus temores ante la muerte y a intervenir en sus vidas mientras el otro no recibía ningún tipo de apoyo psiquiátrico especial. Para sorpresa de los investigadores, el grupo receptor de apoyo no sólo experimentaba menos dolor, sino que también vivía más: un promedio de dieciocho meses más.

El director del estudio de Stanford, David Spiegel, especula que la causa puede ser el cortisol y otras «hormonas del estrés» que perjudican el

sistema inmunoprotector del cuerpo. Las personas gravemente deprimidas, los estudiantes durante períodos de examen y los deshauciados tienen un número reducido de glóbulos blancos. Un buen apoyo emocional quizá no tenga mucho efecto en formas de cáncer avanzadas, pero puede servir para reducir las posibilidades de infecciones secundarias en una persona ya muy debilitada por la enfermedad o su tratamiento.

En un libro casi olvidado de 1903, *Ciencia cristiana*, Mark Twain escribió:

El poder que tiene la imaginación de un hombre sobre su cuerpo para curarlo o enfermarlo es una fuerza de la que no carece ninguno de nosotros al nacer. La tenía el primer hombre y la poseerá el último.

En ocasiones, los curanderos pueden aliviar parte del dolor y la ansiedad, u otros síntomas, de enfermedades más graves, aunque sin detener el progreso de la enfermedad. Pero este beneficio no es poco. La fe y la oración pueden conseguir aliviar algunos síntomas de la enfermedad y su tratamiento, mitigar el sufrimiento de los afligidos e incluso prolongar un poco sus vidas. Al evaluar la religión llamada Ciencia Cristiana, Mark Twain —su crítico más severo de la época— aceptaba sin embargo que los cuerpos y vidas que había «sanado» por el poder de la sugestión compensaban de manera más que suficiente los que había matado por eliminar el tratamiento médico en favor de la oración.

Después de la muerte de John F. Kennedy, varios americanos declararon haber contactado con el fantasma del presidente. Se empezaron a declarar curaciones milagrosas ante pequeños altares caseros con su fotografía. «Dio la vida por su pueblo», explicaba un adepto de esta religión nacida muerta. Según la *Enciclopedia de las religiones americanas*: «Para los creyentes, Kennedy es como un dios.» Algo similar puede verse en el fenómeno de Elvis Presley y el sincero grito: «El rey vive.» Si pueden surgir de este modo sistemas de creencia espontáneos, imaginemos lo que podría hacerse con una campaña bien organizada y especialmente carente de escrúpulos.

---000---

En respuesta a sus preguntas, Randi propuso en el programa «Sixty Minutes» de Australia la idea de generar un engaño desde el principio... utilizando a alguien sin ninguna preparación de magia ni para hablar en público, y sin experiencia de predicador. Mientras pensaba en la organización de la patraña, sus ojos fueron a dar en su inquilino, José Luis Álvarez, un joven escultor de categoría. ¿Por qué no?, respondió Álvarez, que parecía una

persona brillante, animosa y seria. Se sometió a una preparación intensiva, incluyendo ensayos de aparición en televisión y conferencias de prensa. No tenía que pensar las respuestas porque tenía un receptor de radio casi invisible en el oído, a través del que Randi le apuntaba. Los enviados de «Sixty Minutes» comprobaron la actuación de Álvarez. La persona de Carlos era una invención de Álvarez.

Cuando Álvarez y su «manager» —también reclutado para el trabajo sin experiencia previa— llegaron a Sydney, allí estaba James Randi, discreto, sin llamar la atención, susurrando en el transmisor desde un rincón. Toda la documentación explicativa era falsa. La maldición, el vaso de agua y todo lo demás eran para atraer la atención de los medios de comunicación. La atrajeron. Muchas personas habían acudido a la Casa de la Ópera por la atención que le habían prestado la televisión y la prensa. Una cadena de periódicos de Australia llegó a imprimir palabra por palabra los comunicados de la «Fundación Carlos».

Cuando «Sixty Minutes» hizo público el engaño, los demás medios de comunicación australianos se pusieron furiosos. Se quejaban de haber sido utilizados, les habían mentido. «Igual que hay directrices legales sobre el uso de provocadores por parte de la policía», tronaba Peter Robinson en la *Australian Financial Review*,

debe haber un límite al derecho de los medios de comunicación a plantear una situación equívoca... Yo, francamente, no puedo aceptar que decir una mentira sea una manera aceptable de informar de la verdad... Todos los sondeos de la opinión pública muestran que hay una sospecha entre el público general de que los medios de comunicación no dicen toda la verdad o que distorsionan las cosas, exageran, o son tendenciosos.

El señor Robinson temía que Carlos pudiera haber dado crédito a esta extendida percepción errónea. Los titulares iban desde «Cómo Carlos los ridiculizó a todos» hasta «El engaño era estúpido». Los periódicos que no habían anunciado a Carlos a son de trompetas se congratulaban de sus reservas. Negus dijo de «Sixty Minutes»: «Hasta las personas íntegras pueden cometer errores», y negó que se hubiera dejado embaucar. Alguien que se presente como canalizador, dijo, es «un fraude por definición».

«Sixty Minutes» y Randi subrayaron que los medios de comunicación australianos no habían hecho ningún esfuerzo para comprobar la buena fe de «Carlos». No había aparecido nunca en ninguna de las ciudades nombradas. La cinta de vídeo de Carlos en el escenario de un teatro de Nueva York había sido un favor de los magos Penn y Teller, que estaban actuando allí. Se limitaron a pedir al público un gran aplauso; Álvarez entró, con la túnica y el medallón, el público aplaudió sumiso. Randi consiguió su

cinta de vídeo, Alvarez se despidió, el show continuó. Y en Nueva York no existe ninguna emisora de radio llamada WOOP.

Era fácil encontrar otros motivos de sospecha en los escritos de Carlos. Pero como la divisa intelectual ha sido tan devaluada, como la credulidad —antigua y de la Nueva Era— es tan agresiva, como raramente se practica el pensamiento escéptico, no hay ninguna parodia demasiado inverosímil. La Fundación Carlos anunciaba la venta de un «CRISTAL DE LA ATLÁNTIDA» (en realidad se cuidaron escrupulosamente de no vender nada):

El maestro, en sus viajes, ha encontrado hasta ahora cinco de esos cristales únicos. Sin que la ciencia encuentre explicaciones, cada cristal contiene energía casi pura... [y tiene] unos poderes curativos enormes. Las formas contienen energía espiritual fosilizada y son una gran bendición para la preparación de la Tierra para la Nueva Era... De los cinco, el maestro ascendido lleva siempre un cristal de la Atlántida cerca de su cuerpo para protegerse y potenciar todas las actividades espirituales. Dos de ellos han sido adquiridos por bondadosos seguidores en Estados Unidos a cambio de la contribución sustancial que requiere el maestro ascendido.

O, bajo el titular: «LAS AGUAS DE CARLOS»:

El maestro ascendido encuentra de vez en cuando agua de tal pureza que emprende la energización de una cantidad de ella para beneficio de los demás, un proceso intensivo. Para producir lo que siempre es poco, el maestro ascendido se purifica él mismo y una cantidad de cristal de cuarzo puro moldeado en frascos. A continuación se coloca él mismo y los cristales en un gran cuenco de cobre, pulido y caliente. Durante un período de veinticuatro horas, el maestro ascendido vierte energía en el depósito espiritual del agua... No hace falta sacar el agua del frasco para utilizarla espiritualmente. Sólo sostener el frasco y concentrarse en curar una herida o enfermedad producirá resultados asombrosos. Sin embargo, si le sucede un infortunio serio a usted o a un ser cercano, unas gotas del agua energizada le ayudarán inmediatamente a la recuperación.

O «LÁGRIMAS DE CARLOS»:

El color rojo de los frascos que ha modelado el maestro ascendido para las lágrimas es prueba suficiente de su poder, pero su emoción [sic] durante la meditación ha sido descrita por los que la han experimentado como «gloriosa unicidad».

También hay un librito. *Las enseñanzas de Carlos*, que empieza:

YO SOY CARLOS

HE LLEGADO HASTA TI
A TRAVÉS DE MUCHAS
ENCARNACIONES PASADAS.

TENGO UNA GRAN LECCIÓN
PARA ENSEÑARTE.

ESCUCHA ATENTAMENTE.

LEE ATENTAMENTE.

PIENSA ATENTAMENTE.

LA VERDAD ESTÁ AQUÍ.

La primera enseñanza es una pregunta: ¿Por qué estamos aquí?... La respuesta: *«¿Quién puede decir cuál es la única respuesta? Hay muchas respuestas a cualquier pregunta y todas las respuestas son correctas. Es así. ¿Lo ve?»*

El libro nos conmina a no pasar a la página siguiente hasta que hayamos entendido la página en la que estamos. Éste es uno de los muchos factores que dificultan terminarlo.

«De los que dudan —revela más adelante— sólo puedo decir esto: pueden tomar de este asunto lo que quieran. Terminan sin nada: un puñado de aire, quizá. ¿Y qué tiene el creyente? ¡TODO! Todas las preguntas contestadas, porque todas y cada una de las respuestas son correctas. ¡Y son buenas respuestas! Discute esto, escéptico.»

O: «No pidamos explicaciones de todo. Los occidentales, en particular, siempre estamos pidiendo descripciones prolijas de por qué esto, por qué aquello. La mayoría de lo que se pregunta es obvio. ¿Por qué ocuparse en examinar esas materias?... La fe hace que todo se convierta en verdad.»

La última página del libro expone una sola palabra en grandes letras: se nos exhorta a «¡PENSAR!».

Todo el texto de *Las enseñanzas de Carlos* fue escrito por Randi. Lo redactaron Álvarez y él precipitadamente en pocas horas en un ordenador portátil.

Los medios de comunicación australianos se sintieron traicionados por uno de los suyos. El principal programa de televisión del país se tomó la molestia de poner en evidencia la mala calidad del nivel de comprobación de datos y la extendida credulidad de las instituciones dedicadas a las noticias y asuntos públicos. Algunos analistas de los medios de comunicación lo excusaron basándose en que era obvio que el tema no era importante; de haberlo sido, lo habrían comprobado. Se entonaron unos cuantos mea culpa. Ninguno de los que habían sido engañados quiso aparecer en un programa retrospectivo sobre el «Asunto Carlos» programado para el domingo siguiente en «Sixty Minutes».

Desde luego, todo eso no implica que Australia sea algo especial. Álvarez, Randi y sus colegas-conspiradores podían haber elegido cualquier nación en la Tierra y no hubiera cambiado nada. Los que concedieron una audiencia nacional de televisión a Carlos incluso sabían lo suficiente para hacer algunas preguntas escépticas... pero no se pudieron resistir a invitarlo. La lucha de aniquilación mutua de los medios de comunicación dominó los titulares tras la partida de Carlos. Se escribieron comentarios confusos sobre el asunto. ¿Cuál era el objetivo? ¿Qué se había demostrado?

Álvarez y Randi demostraron lo poco que cuesta desnaturalizar nuestras creencias, lo dispuestos que estamos a dejarnos llevar, lo fácil que es engañar al público cuando la gente se encuentra sola y anhela creer en algo. Si Carlos se hubiera quedado más tiempo en Australia y se hubiera concentrado más en la curación —a través de la oración, de la fe en él, expresando deseos ante sus lágrimas embotelladas, acariciando sus cristales—, es indudable que hubieran aparecido personas curadas gracias a él de muchas enfermedades, especialmente psicogénicas. Incluso si lo único fraudulento hubiera sido su aspecto, dichos y productos anexos, algunos habrían mejorado gracias a Carlos.

Eso, nuevamente, es el efecto placebo que se encuentra en casi todos los curanderos. Creemos que tomamos una medicina potente y desaparece el dolor, al menos por un tiempo. Y cuando creemos que hemos recibido una cura espiritual poderosa, a veces la enfermedad también desaparece, al menos durante un tiempo. Hay gente que anuncia espontáneamente que ha sido curada aunque no sea así. En los detallados seguimientos que hicieron Nolen, Randi y muchos otros de personas a quien se había dicho que estaban curadas y así lo manifestaban ellas —por ejemplo, en servicios televisados de curanderos— no pudieron encontrar ni una que se hubiera curado realmente de una enfermedad orgánica grave. Incluso la mejora significativa de su

estado era dudosa. Como sugiere la experiencia de Lourdes, quizá deberían revisarse de diez mil a un millón de casos para encontrar una verdadera recuperación asombrosa.

Un curandero puede empezar o no con el fraude en mente. Pero, para su sorpresa, resulta que sus pacientes parecen mejorar de verdad. Sus emociones son genuinas, su gratitud sincera. Cuando se critica al curandero, ellos salen en su defensa. Varios de los asistentes de más edad a la canalización de la Casa de la Opera de Sydney montaron en cólera por la revelación de «Sixty Minutes»: «Da igual lo que diga —le decían a Álvarez—, nosotros creemos en ti.»

Esos éxitos pueden ser suficientes para convencer a muchos charlatanes —por muy cínicos que sean al principio— de que realmente *tienen* poderes místicos. Quizá no tienen éxito todas las veces. Los poderes vienen y van, se dicen a sí mismos. Tienen que disimular los momentos bajos. Si es necesario engañar un poco en algún momento, se dicen a sí mismos que sirven a un propósito más alto. Prueban su discurso con el consumidor. Funciona.

La mayoría de estas figuras sólo van detrás de nuestro dinero. Ésta es la parte buena. Pero lo que me preocupa es que aparezca un Carlos con asuntos más importantes en juego... un hombre atractivo, dominante, patriótico y rebosando liderazgo. Todos anhelamos un líder competente, incorrupto y carismático. Nos aferraremos a la oportunidad de apoyarle, creer en él, sentimos bien. La mayoría de los informadores, editores y productores —arrastrados por el resto de nosotros— huirán del examen escéptico real. Él no nos venderá oraciones, cristales o lágrimas. Quizá nos venda una guerra, un chivo expiatorio o un ramillete de creencias más globales que Carlos. Sea lo que sea, irá acompañado de advertencias sobre los peligros del escepticismo.

En la celebrada película *El Mago de Oz*, Dorothy, el espantapájaros, el leñador de hojalata y el león cobarde se ven intimidados —en realidad atemorizados— por la figura oracular de gran talla llamada el Gran Oz. Pero el pequeño perro de Dorothy, Toto, descorre una cortina que lo oculta y revela que el Gran Oz es en realidad una máquina dirigida por un hombre bajo, rechoncho y asustado, tan exiliado como ellos en aquella tierra extraña.

Creo que es una suerte que James Randi descorra la cortina. Pero sería tan peligroso confiarle a él el desenmascaramiento de todos los matasanos, farsantes y tonterías del mundo como creer a esos mismos charlatanes. Si no queremos que nos engañen, debemos ocuparnos de ello nosotros mismos.

---000---

Una de las lecciones más tristes de la historia es ésta: si se está sometido a un engaño demasiado tiempo, se tiende a rechazar cualquier prueba de que es un engaño. Encontrar la verdad deja de interesarnos. El engaño nos ha engullido. Simplemente, es demasiado doloroso reconocer, incluso ante nosotros mismos, que hemos caído en el engaño. En cuanto se da poder a un charlatán sobre uno mismo, casi nunca se puede recuperar. Así, los antiguos engaños tienden a persistir cuando surgen los nuevos.

Las sesiones de espiritismo sólo se practican en habitaciones en penumbra donde es muy difícil ver a los visitantes fantasmagóricos. Si encendemos la luz y, en consecuencia, tenemos la oportunidad de ver lo que ocurre, los espíritus desaparecen. Se nos dice que son tímidos, y algunos de nosotros lo creemos. En los laboratorios de parapsicología del siglo XX, existe el «efecto observador»: personas descritas como psíquicos dotados encuentran que sus poderes disminuyen claramente siempre que aparecen los escépticos, y desaparecen del todo en presencia de un prestidigitador preparado como James Randi. Lo que necesitan es oscuridad y credulidad.

Una niña pequeña que había colaborado en un famoso engaño del siglo XIX —se comunicaba con los espíritus y los fantasmas respondían las preguntas con fuertes golpes— confesó al hacerse mayor que había sido una impostura. Hacía crujir la articulación del dedo gordo del pie. Demostró cómo lo hacía. Pero la disculpa pública prácticamente se ignoró y, cuando se reconocía, se denunciaba. Los golpecitos que daba el espíritu eran demasiado tranquilizadores para abandonarlos porque una persona confesase que aquello era falso, aunque fuera ella misma la que lo hubiera iniciado. Empezó a circular la historia de que los racionalistas fanáticos la habían obligado a hacer aquella confesión.

Como describí antes, los bromistas británicos confesaron haber hecho «círculos en los campos de cultivo», figuras geométricas que aparecían en los sembrados. No eran artistas extraterrestres que trabajaban con el trigo como si fuera su medio, sino dos hombres con una tabla, una cuerda y cierta propensión a bromear. Sin embargo, ni siquiera cuando confesaron cómo lo habían hecho cambió la opinión de los creyentes. Argüían que podía ser que algunos círculos fueran un fraude, pero había demasiados, y algunos pictogramas eran demasiado complejos. Sólo los podían haber hecho los extraterrestres. Poco después, en Gran Bretaña, otros confesaron ser los autores. Pero, y los círculos en los campos de cultivo en el extranjero, en Hungría por ejemplo, ¿cómo puede explicarse *eso*? Entonces unos adolescentes húngaros confesaron haber copiado la idea. Pero, ¿y...?

Para comprobar la credulidad de un psiquiatra especialista en abducciones por extraterrestres, una mujer se presenta como abducida. El terapeuta está entusiasmado con las fantasías que va hilando. Pero, cuando

ella le anuncia que todo es un fraude, ¿cuál es su respuesta? ¿Volver a examinar sus notas o su enfoque de esos casos? No. En días distintos sugiere: 1) que, aunque no sea consciente, en realidad fue abducida; o 2) que está loca: al fin y al cabo, fue al psiquiatra, ¿no?; o 3) que él era consciente de la broma desde el principio pero se había limitado a ir soltando cuerda hasta que ella se ahogase.

Si a veces es más fácil rechazar una prueba consistente que admitir que nos hemos equivocado, es una información sobre nosotros mismos que vale la pena tener.

---000---

Un científico pone un anuncio en un periódico de París ofreciendo un horóscopo gratis. Recibe unas ciento cincuenta respuestas en las que se detalla, como pedía, el lugar y fecha de nacimiento. Todos los participantes reciben a continuación un horóscopo idéntico, junto con un cuestionario donde se les pregunta sobre la precisión de las afirmaciones. El noventa y cuatro por ciento de los que contestan (y el noventa por ciento de sus familias y amigos) contestan que, cuando menos, podían reconocerse en el horóscopo. Sin embargo se trataba de un horóscopo redactado para un asesino en serie francés. Si un astrólogo puede llegar tan lejos sin conocer siquiera a sus pacientes, imaginemos adonde podría llegar alguien sensible a los matices humanos y no excesivamente escrupuloso.

¿Por qué es tan fácil que nos engañen adivinos, videntes psíquicos, quirománticos, lectores de hojas de té, del tarot y milenrama, y seres de esta índole? Desde luego, captan nuestra postura, nuestras expresiones faciales, la manera de vestir y las respuestas a preguntas aparentemente inocuas. Algunos de ellos lo hacen con brillantez, y éstas son cosas de las que muchos científicos no parecen ser conscientes. También hay una red informática a la que se suscriben los psíquicos «profesionales», con la que pueden disponer de los detalles de la vida de los pacientes de sus colegas en un instante. Una herramienta clave es la llamada «lectura fría», una declaración de predisposiciones opuestas con un equilibrio tan tenue que cualquiera podría reconocer algo de verdad en ella. Ahí va un ejemplo:

A veces eres extrovertido, afable, sociable, mientras otras veces eres introvertido, cauto y reservado. Has descubierto que es poco inteligente revelarte a los demás con demasiada honestidad. Prefieres un poco de cambio y variedad, y te produce insatisfacción verte rodeado de restricciones y limitaciones. Disciplinado y controlado por fuera, tiendes a ser aprensivo e inseguro por dentro. Aunque tu personalidad tiene puntos flacos, sueles ser capaz de compensarlos. Tienes muchas capacidades sin aprovechar, que no

has convertido en ventajas para ti. Tienes tendencia a ser crítico contigo mismo. Tienes una gran necesidad de gustar a los demás y de sentirte admirado.

Casi todo el mundo encuentra reconocible esta caracterización y muchos consideran que los describe perfectamente. No es raro: todos somos humanos.

La lista de «pruebas» que algunos terapeutas creen que demuestran un abuso sexual en la infancia reprimido (por ejemplo, en *The Courage to Heal* de Ellen Bass y Laura Davis) es muy larga y prosaica: incluye trastornos del sueño, exceso de comida, anorexia y bulimia, disfunción sexual, vaga ansiedad e incluso una incapacidad de recordar el abuso sexual de la infancia. Otro libro, de la asistente social W. Sue Blume, enumera entre otras señales que denotan un incesto olvidado: dolores de cabeza, sospecha o ausencia de sospecha, pasión sexual excesiva o ausencia de ella, y la adoración a los padres. Entre los puntos de diagnóstico para detectar familias «disfuncionales» enumerados por el doctor Charles Whitfield se encuentran «males y dolores», sentirse «más vivo» en una crisis, ansiar «figuras de autoridad» y haber «buscado asesoramiento o psicoterapia», sintiendo sin embargo «que hay algo erróneo o que falta». Como la lectura fría, si la lista es lo bastante larga y amplia, todo el mundo tendrá «síntomas».

El examen escéptico no es sólo un equipo de herramientas para desarraigar las tonterías y crueldades que buscan sus víctimas entre las personas menos capaces de protegerse a sí mismas y con mayor necesidad de nuestra compasión, gente a la que se ofrece poca esperanza. También es un recordatorio oportuno de que los mítines masivos, la radio y la televisión, los medios de comunicación impresos, el marketing electrónico y la tecnología de la venta por correo permiten que se inyecte otro tipo de mentiras en el cuerpo social para aprovecharse de los incautos, frustrados e indefensos en una sociedad plagada de males políticos que se afrontan con ineficacia, si es que se afrontan.

Los camelos, engaños, ideas poco precisas, tonterías y deseos disfrazados de hechos no están restringidos al salón de magia y al consejo ambiguo en asuntos del corazón. Lamentablemente, abundan en la vida política, social, religiosa y económica de todas las naciones.

